

Encíclica del Santo y Gran Concilio de la Iglesia Ortodoxa



ENCÍCLICA

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo

Dirigimos un himno de acción de gracias al Dios adorado en la Trinidad, que nos ha permitido reunirnos en estos días de Pentecostés en la isla de Creta, santificada por el apóstol Pablo de las naciones y su discípulo Tito, "verdadero hijo en la fe que nos es común" (Tit 1,4) y terminar, bajo la inspiración del Espíritu Santo, los trabajos del Santo y Gran Concilio de nuestra Iglesia Ortodoxa, convocado por Su Toda Santidad el Patriarca Ecuménico Bartolomé con el acuerdo de Sus Beatitudes los Primados de las santísimas Iglesias ortodoxas autocéfalas para gloria de su bendito Nombre y provecho del pueblo de Dios y del mundo entero, confesando con el divino Pablo: "Así pues, que nos vean como a servidores de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios" (1 Cor 4,1).

El Santo y Gran Concilio de la Iglesia una, santa, católica y apostólica constituye un testimonio auténtico de la fe en el Cristo Dios-hombre, Hijo unigénito y Verbo de Dios que, por su Encarnación, toda su obra en la tierra, su Sacrificio sobre la Cruz y su Resurrección ha revelado al Dios trinitario como Amor infinito. Así pues, con una sola voz y un solo corazón dirigimos, en concilio, la palabra de "nuestra esperanza" (cf. 1 Pe 3,15) no solo a los fieles de nuestra santísima Iglesia, sino también a todos aquellos "que estaban antes alejados y que se han acercado" (Ef 2,13). "Nuestra esperanza" (1 Tim 1,2), el Salvador del mundo, fue revelado como "Dios con nosotros" (Mt 1,23) y como "Dios por nosotros" (Rom 8,32) "que quiere que todos los hombres se salven y alcancen el conocimiento de la verdad" (1 Tim 2,4). Proclamamos el amor sin esconder los beneficios, conscientes de las palabras del Señor: "el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mt 24,35). En el gozo anunciamos la palabra de la fe, de la esperanza y del amor, esperando "el día que no tendrá ocaso, ni mañana ni fin" (Basilio el Grande, 'Homilías sobre el Hexamerón' II, PG 29, 52, SC 26bis, p. 185). El hecho de que nuestra ciudadanía esté "en los cielos" no debilita, sino que fortalece nuestro testimonio en el mundo.

En esto nos conformamos a la tradición de los Apóstoles y de nuestros Padres, que anuncianaban a Cristo y la experiencia salvadora de la fe de la Iglesia, haciendo teología con el objeto de "atrapar en las redes" (según el espíritu de apostolado) a los humanos de nuestro tiempo, para transmitirles el Evangelio de la libertad en Cristo (cf. Gal 5,1). La Iglesia no vive para sí misma. Se ofrece a la humanidad entera para la elevación y la renovación del mundo en unos cielos nuevos y una tierra nueva (cf. Ap 1,21). Así pues, da el testimonio evangélico y comparte los dones que Dios dispensó a la humanidad: su amor, la paz, la justicia, la reconciliación, la fuerza de la Resurrección y la esperanza de la eternidad.

I. La Iglesia como cuerpo de Cristo, ícono de la Santa Trinidad

1. La Iglesia una, santa, católica y apostólica es la comunión divino-humana a imagen de la Santa Trinidad;

la pregustación y la experiencia de las cosas últimas vivida en la divina Eucaristía; la revelación de la gloria de las cosas venideras; como Pentecostés permanente, la voz profética que no se calla jamás en el mundo; la presencia y el testimonio del Reino de Dios "venido con poder" (Mc 9,1). Como cuerpo de Cristo, la Iglesia "reúne" (cf. Mt 23,37), transfigura y alimenta al mundo con "agua que se convierte en él en una fuente que salta hasta la vida eterna" (Jn 4,14).

2. La tradición apostólica y patrística, obedeciendo a las palabras del Señor y fundador de la Iglesia durante la Santa Cena con sus discípulos, instituyendo el sacramento de la divina Eucaristía, ha puesto de relieve el atributo de la Iglesia como "cuerpo de Cristo" (Mt 25,26; Mc 14,22; Lc 22,19; 1 Cor 10,16-17; 11,23-29). Ella siempre lo asoció al misterio de la Encarnación del Hijo y Verbo de Dios, del Espíritu Santo y de la Virgen María. En este espíritu, siempre ha puesto el acento en la relación indefectible, tanto entre el misterio de la divina economía en Cristo y el de la Iglesia, como entre el misterio de la Iglesia y el sacramento de la divina Eucaristía, asegurado sin cesar en la vida sacramental de la Iglesia por la operación del Espíritu Santo. La Iglesia ortodoxa, fiel a esta tradición apostólica y experiencia sacramental unánime, es la continuidad auténtica de la Iglesia una, santa, católica y apostólica tal y como es confesada en el Credo y confirmada por la enseñanza de los Padres de la Iglesia. De esta manera, siente la enorme responsabilidad que le incumbe, que consiste no solo en hacer vivir al pléroma esta experiencia auténtica, sino también en dar a la humanidad testimonio creíble de la fe.

3. En su unidad y su catolicidad, la Iglesia ortodoxa es la Iglesia de los Concilios desde la Asamblea de los Apóstoles en Jerusalén (Hch 15,5-29). La Iglesia es en sí misma un Concilio establecido por Cristo y guiado por el Espíritu Santo, según la palabra apostólica: "El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido" (Hch 15,28). Mediante los Concilios ecuménicos y locales, la Iglesia anunció y anuncia el misterio de la Santa Trinidad, revelado por la Encarnación del Hijo y Verbo de Dios. El trabajo conciliar continúa sin interrupción en la historia mediante los concilios más recientes que poseen una autoridad universal, sobre todo el Gran Concilio (879-880) convocado por Focio, Patriarca de Constantinopla; los convocados en la época de San Gregorio Palamás (1341, 1351, 1368), donde fue confirmada la verdad de la fe, sobre todo acerca de la participación del hombre en las energías divinas increadas y la procesión del Espíritu Santo; y los Santos y Grandes Concilios reunidos en Constantinopla: el de 1484 para rechazar el concilio unionista de Florencia (1438-1439), los de los años 1638, 1642, 1672 y 1691 para rechazar las tesis protestantes, y el de 1872 para condenar el etnofiletismo como herejía eclesiológica.

4. Fuera del cuerpo de Cristo "que es la Iglesia" (cf. Ef 1,23; Col 2,17), la santidad es inconcebible. La santidad emana del único Santo; para el hombre se trata de participar en la santidad de Dios en la "comunión de los Santos", según la afirmación del sacerdote durante la Divina Liturgia: "lo Santo para los Santos" y la respuesta de los fieles: "Solo uno es Santo, solo uno es Señor, Jesucristo, para la gloria de Dios Padre. Amén". En este espíritu, Cirilo de Alejandría subraya también a propósito de Cristo: "Siendo él mismo Dios por naturaleza, [...] es santificado a causa de nosotros en el Espíritu Santo. [...] Ha hecho esto para nosotros, no para sí mismo, para que de Él y mediante Él, habiendo recibido primero el principio de la santificación, la gracia de la santificación pueda desde entonces pasar a la humanidad..." ('Comentario sobre el Evangelio de San Juan', 11. PG 74,548). Por consiguiente, según San Cirilo, Cristo es nuestra "persona común" mediante la recapitulación en su propia humanidad de la naturaleza humana entera: "todos nosotros estábamos en Cristo, y la persona común de la humanidad es regenerada en Él" ('Comentario sobre el Evangelio de San Juan', 11. PG 73,161). Por eso Él es también la única fuente de santificación de la humanidad. En este espíritu, la santidad es la participación de la humanidad en el misterio de la Iglesia y también a través de sus santos sacramentos, siendo el centro la divina Eucaristía como "sacrificio vivo, santo y agradable a Dios" (cf. Rom 12,1). "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Segundo está

escrito: Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Pero en todo esto somos más que vencedores por aquel que nos ha amado" (Rom 8,45-37). Los Santos encarnan la identidad escatológica de la Iglesia en tanto que acción de gracia permanente ante el Trono terrestre y celeste del Rey de gloria, figura del Reino de Dios.

5. La Iglesia ortodoxa universal está compuesta por catorce Iglesias autocéfalas locales, reconocidas a escala panortodoxa. El principio de autocefalia no puede operar en detrimento del principio de catolicidad y de unidad de la Iglesia. Consideramos, pues, que la creación de las Asambleas episcopales en la diáspora ortodoxa, compuestas por los obispos canónicos reconocidos que siguen dependiendo de las jurisdicciones canónicas de las que dependen actualmente constituye un paso adelante importante con vistas a su organización canónica, y que su funcionamiento regular garantiza el respeto del principio eclesiológico de conciliariedad.

II. La misión de la Iglesia en el mundo

6. El apostolado y el anuncio del Evangelio -o sea, la acción misionera- pertenece al núcleo de la identidad de la Iglesia: se trata de guardar el mandamiento del Señor y conformarse a él: "Id pues y haced discípulos de todas las naciones" (Mt 28,19). Es el "soplo de vida" que la Iglesia dispensa a la sociedad humana y que 'eclesializa' al mundo a través del establecimiento de nuevas Iglesias locales. En este espíritu, los creyentes ortodoxos son y deben ser apóstoles de Cristo en el mundo. Este apostolado debe cumplirse, no de manera agresiva, sino libremente, en el amor y el respeto hacia la identidad cultural de los individuos y los pueblos. Todas las Iglesias ortodoxas deben participar en este esfuerzo respetando debidamente la disciplina canónica.

La participación en la divina Eucaristía es fuente de ardor apostólico para evangelizar al mundo.

Participando en la divina Eucaristía y orando en la Santa asamblea por toda la tierra habitada, somos llamados a prolongar la "liturgia después de la Divina Liturgia"; a testimoniar la verdad de nuestra fe ante Dios y los hombres; a compartir los dones de Dios con la humanidad entera; todo esto, obedeciendo el mandamiento claro del Señor antes de su Ascensión: "Entonces seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8). Las palabras pronunciadas antes de la divina Comunión -"El Cordero de Dios que es fraccionado y compartido es fraccionado pero no dividido, y siempre es alimento inagotable que santifica a los que de él comulgan"- sugiere que Cristo, como "cordero de Dios" (Jn 1,29) y "alimento de vida" (Jn 6,48), nos es ofrecido como amor eterno que nos une a Dios y los unos a los otros. También nos enseñan a compartir los dones de Dios y a ofrecernos a nosotros mismos por todos a la manera de Cristo.

La vida de los cristianos es testimonio irrefutable de la renovación de todo en Cristo: "Del mismo modo, si alguien está en Cristo, nueva criatura es. Lo viejo ha pasado, lo nuevo ha comenzado" (2 Cor 5,17). Es una llamada lanzada a la humanidad para participar personalmente, con total libertad, en la vida eterna, en la gracia de nuestro Señor Jesucristo y en el amor de Dios Padre, para vivir en la Iglesia la comunión del Espíritu Santo: "Buscando el misterio de la salvación de buen grado y no por la fuerza" (Máximo el Confesor, PG 90,880). La reevangelización del pueblo de Dios en las sociedades contemporáneas secularizadas, así como la evangelización de los que aún no conocen a Cristo, es para la Iglesia un deber ininterrumpido.

III. La familia, ícono del amor de Cristo por su Iglesia

7. La Iglesia ortodoxa considera la unión indefectible entre un hombre y una mujer en el amor "un gran misterio... el de Cristo y la Iglesia" (Ef 5,32), y se interesa por la familia que de ella resulta. Esta es la única garantía para el nacimiento y la educación de los hijos según el plan de la divina economía en tanto que "pequeña Iglesia" (San Juan Crisóstomo, 'Comentario sobre la Epístola a los Efesios', 20, PG 62,143), aportándole el apoyo pastoral necesario.

La crisis contemporánea del matrimonio y de la familia surge de la crisis de la libertad, que se ve reducida a una realización del propio yo con vistas a la búsqueda de la felicidad y queda, pues, asimilada a una fatuidad, autarquía y autonomía individual; se pierde así el carácter sacramental de la unión del hombre y de la mujer, y se olvida el 'ethos' sacrificial del amor. La sociedad secularizada de nuestros días aborda el matrimonio bajo criterios puramente sociológicos y pragmáticos, considerándolo una simple forma de relación entre tantas otras, reivindicando el derecho legal a beneficiarse de una garantía institucional.

El matrimonio es un taller de vida en el amor alimentado por la Iglesia y un don incomparable de la gracia de Dios. La "mano poderosa" del Dios "unificador" "invisiblemente presente une a los cónyuges" al Cristo y entre sí. Las coronas que se colocan sobre la cabeza de los esposos en la celebración del sacramento hacen referencia al sacrificio y a la dedicación a Dios y al de los esposos entre sí. Sugieren también la vida del Reino de Dios, revelando la referencia escatológica del misterio del amor.

8. El Santo y Gran Concilio se dirige con un amor y ternura particulares a los niños y a todos los jóvenes. Entre las múltiples definiciones contradictorias acerca de la infancia, nuestra santísima Iglesia subraya las palabras de nuestro Señor: "si no os convertís y os hacéis como los niños pequeños, no entrareis en el Reino de los Cielos" (Mt 18,3), y "quien no acoge el Reino de Dios como un niño, no entrará en él" (Lc 18,17), como nuestro Salvador dijo a propósito de los que "impiden" (cf. Lc 18,16) a los niños ir a Él y a propósito de los que los "escandalizan" (Mt 18,6).

La Iglesia no ofrece a la juventud solamente "ayuda", sino la "verdad" de la vida nueva divino-humana en Cristo. La juventud ortodoxa debe tomar conciencia de que es portadora de una tradición de la Iglesia ortodoxa multisecular y bendecida y al mismo tiempo continuadora de esta tradición que hay que preservar con valentía y cultivar con fuerza los valores eternos de la Ortodoxia para ofrecer un testimonio cristiano vivificante. De esta juventud surgirán los futuros servidores de la Iglesia de Cristo. Así pues, los jóvenes no son únicamente el "futuro" de la Iglesia, sino también la expresión activa de su vida al servicio del hombre y de Dios en el presente.

IV. La educación en Cristo

9. En nuestros días, el campo de la formación y de la educación se ven sacudidos por controversias acerca, no solo del contenido y los objetivos de la educación, sino también de la nueva percepción de la infancia, del papel del maestro y del alumno, así como del de la escuela moderna. Ya que la educación concierne, no solo a lo que es el hombre, sino a lo que debe ser y la medida de su responsabilidad, es evidente que la imagen que nos formamos del hombre y del sentido de su existencia determinan también nuestro punto de vista acerca de su educación. Individualista, secularizado y solo buscando la felicidad, el sistema educativo hoy dominante, cuyas consecuencias sufre la nueva generación, también preocupa a la Iglesia ortodoxa. La educación ocupa el centro de la solicitud pastoral de la Iglesia, no solo de cara a la cultura intelectual, sino también a la edificación y al desarrollo del ser humano en su conjunto en tanto que entidad psicosomática y espiritual, según el trinomio "Dios, hombre, mundo". En su discurso catequético, la Iglesia ortodoxa llama afectuosamente al pueblo de Dios, y sobre todo a la juventud, a participar consciente y activamente en la vida de la Iglesia, cultivando en ella "la aspiración perfecta" a la vida en Cristo. Así, el pléroma cristiano encuentra en la comunión divino-humana de la Iglesia un apoyo existencial para vivir la perspectiva pascual de la deficación por gracia.

V. La Iglesia frente a los desafíos contemporáneos

10. La Iglesia de Cristo se enfrenta hoy a manifestaciones extremas e incluso provocadoras del secularismo, inherentes a las evoluciones políticas, culturales y sociales del mundo moderno. Un elemento fundamental del secularismo fue y sigue siendo la idea de sustraer totalmente al ser humano de Cristo y de la influencia espiritual de la Iglesia, asimilando arbitrariamente a esta con el conservadurismo y pasando por alto la historia, alegando que sería un obstáculo para el progreso y la evolución. En nuestras sociedades

secularizadas, cortadas de sus raíces espirituales, el hombre confunde su libertad y el sentido de su vida con una autonomía absoluta, con una liberación respecto de su destino eterno; esto produce toda una serie de malentendidos e interpretaciones falaces de la tradición cristiana. Así, la libertad en Cristo que proviene de lo alto y el progreso que conduce "al estado de adulto, a la medida de Cristo en su plenitud" (Ef 4,13) son considerados frenos a las disposiciones autosalvadoras del ser humano. El amor dispuesto al sacrificio es juzgado incompatible con el individualismo, y el carácter ascético del 'ethos' cristiano un desafío intolerable contra la búsqueda de la felicidad individual.

Asimilar la Iglesia a un conservadurismo irreconciliable con el progreso de la civilización es una alegación arbitraria y abusiva, pues la conciencia nacional de los pueblos cristianos lleva la marca indeleble de la contribución secular de la Iglesia, no solo en su patrimonio cultural, sino también en el sano desarrollo de la civilización secular en general, puesto que Dios ha hecho al hombre gerente de la creación divina, asociado a su obra. En lugar del "hombre-Dios" contemporáneo, la Iglesia ortodoxa afirma el "Dios-hombre" como medida de todo: "No hablamos de hombre deificado, sino de Dios hecho hombre" (Juan Damasceno, 'Exposición de la fe ortodoxa', 3,2, PG 94,988). Expone la verdad de la fe salvadora del Dios-hombre y su Cuerpo, la Iglesia, en tanto que lugar y modo de vida en libertad. Permite "confesar la verdad en el amor" (cf. Ef 4,15) y participar también, ya sobre la tierra, de la vida del Cristo resucitado. El carácter divino-humano de la Iglesia, "que no es de este mundo" (Jn 18,36), que alimenta y dirige su presencia y su testimonio "en el mundo", le prohíbe conformarse al mundo (cf. Rom 12,2).

11. El desarrollo actual de las ciencias y de la tecnología está cambiando nuestra vida. Todo lo que engendra un cambio en la vida humana exige que hagamos prueba de discernimiento, pues, más allá de los importantes beneficios -por ejemplo, los que facilitan la vida cotidiana, los que permiten tratar enfermedades antiguamente incurables e ir más lejos en la investigación espacial-, también nos enfrentamos a los aspectos negativos del progreso científico: riesgos como la manipulación de la libertad humana, la instrumentalización del ser humano, la pérdida gradual de preciosas tradiciones, la degradación e incluso destrucción del medio ambiente.

Por su propia naturaleza, la ciencia no dispone desgraciadamente de los medios necesarios para prevenir o curar un buen número de problemas que genera directa o indirectamente. El conocimiento científico no moviliza la voluntad moral del ser humano que, conociendo sus riesgos, sigue actuando como si no se le hubiera advertido. Sin una visión espiritual es imposible dar respuestas a los graves problemas existenciales y éticos del ser humano ni al sentido eterno de su vida y del mundo.

12. En nuestros días, los impresionantes progresos efectuados en el campo de la biología, la genética y la neuropsicología del cerebro suscitan un entusiasmo generalizado. Se trata de conquistas científicas cuyo abanico de aplicaciones es susceptible de generar dilemas antropológicos y éticos graves. El uso incontrolado de la biotecnología, que interviene en el principio, el transcurso y el fin de la vida, compromete la verdadera plenitud de esta. Por primera vez en su historia, el hombre se entrega a experimentos extremos y peligrosos para su propia naturaleza. Se arriesga a transformarse en un mero eslabón biológico, en unidad social o en aparato de pensamiento controlado.

La Iglesia ortodoxa no podría quedar al margen del debate acerca de cuestiones antropológicas, éticas y existenciales de tal importancia. Se apoya en los criterios dictados por Dios para demostrar la actualidad de la antropología ortodoxa frente al derrumbe contemporáneo de los valores. Nuestra Iglesia puede y debe manifestar en el mundo su conciencia profética en Jesucristo, que en la Encarnación asumió toda la condición humana y que es el modelo absoluto de la restauración del género humano. Afirma que la vida del ser humano es sagrada y que posee el atributo de persona desde su concepción. Nacer es el primer derecho humano. La Iglesia, en tanto que comunión divino-humana en el seno de la cual todo hombre es una entidad única destinada a comulgar personalmente con Dios, resiste a todo intento de reducir al ser

humano al estado de objeto, a transformarlo en dato mesurable. Ningún éxito científico está autorizado a atentar contra la dignidad y el destino divino del hombre. El ser humano no está únicamente determinado por sus genes.

Sobre esta base se funda la Bioética desde el punto de vista ortodoxo. En una época de imágenes contradictorias del hombre, frente a concepciones seculares, autónomas y reductoras, la Bioética ortodoxa afirma la creación a imagen y semejanza de Dios y el destino eterno del ser humano. Contribuye así a enriquecer el debate filosófico y científico acerca de las cuestiones bioéticas aportando la antropología bíblica y la experiencia espiritual de la Ortodoxia.

13. En una sociedad mundial basada en el "tener" y el individualismo, la Iglesia ortodoxa universal propone la verdad de la vida en Cristo y según Cristo, libremente encarnada en la vida cotidiana de todo ser humano mediante su trabajo cumplido "hasta la tarde" (Sal 103,23) con el cual este se convierte en colaborador del Padre eterno, "pues trabajamos juntos en la obra de Dios" (1 Cor 3,9) y de su Hijo ("Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo también trabajo", Jn 5,17). La gracia de Dios santifica todas las obras del hombre que coopera con Dios, elevando en ellos la afirmación de la vida y comunión humana. En este contexto se sitúa también la ascesis cristiana, radicalmente diferente a todo ascetismo dual que aísla al ser humano de la sociedad y de su prójimo. La ascesis cristiana y la templanza, que unen al hombre a la vida sacramental de la Iglesia, no pertenecen únicamente a la vida monástica, sino que son atributos de la vida cristiana en todas sus manifestaciones, un testimonio tangible de la presencia del espíritu escatológico en la existencia bendita de los fieles ortodoxos.

14. Las raíces de la crisis ecológica son espirituales y morales. Están inscritas en el corazón de todo ser humano. A lo largo de los últimos siglos, esta crisis se agrava a causa de numerosas brechas generadas por las pasiones humanas como la codicia, la avidez, la concupiscencia, el egoísmo, el espíritu de depredación y sus influencias en el planeta como por ejemplo el cambio climático que ya amenaza seriamente al medio ambiente, nuestra "casa" común. La ruptura de la relación entre el hombre y la naturaleza es una aberración respecto del verdadero uso de la creación de Dios. Para resolver el problema ecológico sobre la base de los principios de la tradición cristiana, no solo hay que hacer penitencia por el pecado de explotar a ultranza los recursos naturales del planeta, es decir, cambiar radicalmente de mentalidad, sino también practicar la ascesis como antídoto contra el consumismo, contra el culto de las necesidades y contra el sentimiento de posesión. Esto presupone también la inmensa responsabilidad que nos incumbe de legar a las generaciones futuras un medio ambiente viable y usarlo según la voluntad y la bendición de Dios. En los sacramentos la creación es afirmada y el hombre animado a actuar como económico, guardián y "oficiante" de esta, presentándose al Creador como acción de gracias -"Lo que es tuyo, lo que proviene de ti, te lo ofrecemos en todo y por todo"- y cultivando una relación eucarística con la creación. Esta visión ortodoxa evangélica y patrística atrae también nuestra atención sobre los aspectos sociales y las influencias trágicas que representa la destrucción del medio ambiente.

VI. La Iglesia frente a la globalización, la violencia como fenómeno extremo y la inmigración.

12. La teoría contemporánea de la globalización, impuesta silenciosamente y propagada rápidamente, provoca fuertes sacudidas en la economía y la sociedad a escala mundial. La globalización impuesta ha generado nuevas formas de explotación sistemática y de injusticia social. Ha planificado la eliminación gradual de los obstáculos que representan las tradiciones nacionales, religiosas, ideológicas y otras. Ha conducido al debilitamiento con vistas a la desestructuración de las conquistas sociales en nombre de la reconstrucción de la economía mundial, que se supone necesaria, aumentando así la brecha entre los ricos y los pobres, dinamitando la cohesión social de los pueblos y reavivando numerosos focos de tensión internacional.

Frente al proceso de homogeneización reductora e impersonal promovido por la globalización, y también

frente a las aberraciones del etnofiletismo, la Iglesia ortodoxa propone proteger la identidad de los pueblos y reforzar el carácter local. Como modelo alternativo para la unidad de la humanidad, propone su organización estructurada, basada en la igualdad de valor de las Iglesias locales. La Iglesia se opone a la amenaza provocadora que pesa hoy sobre el individuo y las tradiciones culturales de los pueblos que encierra la globalización; se opone también al principio según el cual la economía posee su propia ley o "economismo", es decir, que la economía emancipada de las necesidades vitales del ser humano se transforma en un fin en sí misma. Propone, pues, una economía duradera, fundada sobre los principios del Evangelio. Poniendo en el centro la palabra del Señor: "No solo de pan vive el hombre" (Lc 4,4), no asocia el progreso del género humano solo a la mejora del nivel de vida o de desarrollo económico en detrimento de los valores espirituales.

16. La Iglesia no se mezcla en política en el sentido estricto del término. Sin embargo, su testimonio es esencialmente político en tanto que preocupación por el ser humano y por su libertad espiritual. Su palabra es bien distinta y siempre tendrá un deber de intervención a favor del ser humano. Las Iglesias ortodoxas locales son hoy llamadas a establecer una nueva relación armoniosa con el Estado de derecho en el nuevo contexto de las relaciones internacionales, conforme a la afirmación bíblica: "Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Mt 22,21). Esta cooperación debe salvaguardar la singularidad de la Iglesia y la del Estado y asegurar su franca cooperación en beneficio de la única dignidad humana de la que emanan los derechos humanos, y garantizar también la justicia social.

Los derechos humanos están hoy en el centro de la política en tanto que respuesta a las actuales crisis y revueltas sociales y políticas, y están destinados a proteger la libertad del individuo. La Iglesia ortodoxa considera críticamente los derechos humanos por el temor de que el derecho individual degenera en individualismo y en movimiento reivindicativo de derechos. Tal aberración es perjudicial para el contenido comunitario de la libertad, pues transforma arbitrariamente los derechos en reivindicaciones individuales de búsqueda de la felicidad, confunde libertad y laxismo del individuo y erige esta licencia en "valor universal" que mina los fundamentos de los valores sociales, de la familia, de la religión, de la nación y amenaza valores éticos fundamentales.

La percepción ortodoxa del hombre se opone, pues, tanto a la apoteosis arrogante del individuo y de sus derechos como a la humillación de la persona humana aplastada en las actuales y gigantescas estructuras económicas, sociales, políticas y comunicativas. La tradición de la Ortodoxia es para el hombre una fuente inagotable de verdades vitales. Nadie ha honrado y cuidado tanto al ser humano como Cristo y su Iglesia. La protección del principio de libertad religiosa bajo desde todas sus perspectivas es un derecho fundamental, es decir, la libertad de conciencia, de fe, de culto, y todas las manifestaciones individuales y colectivas de la libertad religiosa, incluido el derecho de todo creyente a practicar libremente sus deberes religiosos sin injerencia de ningún tipo por parte de los poderes públicos, así como la libertad de enseñar públicamente la religión y asegurar las condiciones de funcionamiento de las comunidades religiosas.

17. Hoy en día vivimos un recrudecimiento de la violencia en nombre de Dios. Las exacerbaciones fundamentalistas en el seno de las religiones amenazan con hacer valer la idea de que el fundamentalismo pertenece a la esencia del fenómeno religioso. La verdad es que, en tanto que "celo, aunque no según un conocimiento adecuado" (Rom 10,2), el fundamentalismo constituye una manifestación mortífera de religiosidad. La verdadera fe cristiana, según el modelo de la Cruz del Señor, se sacrifica sin sacrificar; por eso es el juez más inexorable del fundamentalismo, sea cual sea su origen. El diálogo interreligioso franco contribuye al desarrollo de una confianza mutua en la promoción de la paz y de la reconciliación. La Iglesia lucha para hacer más tangible sobre la tierra la "paz de lo alto". La verdadera paz no se obtiene por la fuerza de las armas, sino únicamente mediante el amor que "no busca su interés propio" (1 Cor 13,5). El bálsamo de la fe debe servir para curar las llagas antiguas del prójimo y no para reavivar nuevas hogueras

de odio.

18. La Iglesia ortodoxa sigue, con dolor en la oración, constatando la terrible crisis humanitaria que asola nuestros días, la propagación de la violencia y de los conflictos armados, la persecución, las deportaciones y los asesinatos cometidos contra miembros de minorías religiosas, la expulsión forzada de familias de sus hogares, la tragedia del tráfico de seres humanos, la violación de los derechos fundamentales de los individuos y de los pueblos, así como la conversión religiosa forzada. Condena categóricamente los secuestros, las torturas, las atroces ejecuciones. Denuncia la destrucción de iglesias, símbolos religiosos y monumentos culturales.

La Iglesia ortodoxa está particularmente preocupada por la situación de los cristianos, así como de las otras minorías nacionales y religiosas perseguidas en Oriente Próximo. Lanza sobre todo una llamada a los gobiernos de los países de la región para proteger a las poblaciones cristianas, los ortodoxos, los antiguos orientales y los demás cristianos que han sobrevivido en la cuna del cristianismo. Las poblaciones cristianas y las demás poblaciones indígenas poseen el derecho imprescriptible de permanecer en sus países como ciudadanos que gocen de igualdad de derechos.

Exhortamos, pues, a todas las partes implicadas, independientemente de sus convicciones religiosas, a trabajar en la reconciliación y el respeto de los derechos humanos y a proteger ante todo el don divino de la vida. Tienen que cesar la guerra y el derramamiento de sangre y prevalecer la justicia para que regrese la paz y sea posible el retorno de los que han sido expulsados de sus hogares ancestrales. Rezamos por la paz y la justicia en los países tan sufridos de África y en Ucrania. Reunidos en Concilio, reiteramos con fuerza nuestra llamada a los responsables para que liberen a los dos obispos secuestrados en Siria, Pablo Yazigi y Juan Ibrahim. Rezamos también por la liberación de todos nuestros semejantes retenidos como rehenes y en cautividad.

19. La imprevisible crisis contemporánea de los refugiados e inmigrados por razones económicas, políticas y climáticas se agrava continuamente y ocupa el centro del interés mundial. La Iglesia ortodoxa no ha cesado de considerar a aquellos que son expulsados, que se encuentran en peligro y necesidad, según las palabras del Señor: "Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme" (Mt 25,35-36) y: "En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis" (Mt 25,40). En el transcurso de su historia, la Iglesia siempre se ha encontrado al lado de "todos los que están cansados y agobiados" (Mt 11,28). En todo tiempo, la filantropía de la Iglesia no se limita simplemente a un acto de caridad ocasional hacia el indigente y el sufriente, sino que busca eliminar las causas generadoras de los problemas sociales. El "misterio cumplido" por la Iglesia (Ef 4,12) es reconocido por todos.

Lanzamos, pues, una llamada -ante todo a los que están en condiciones de erradicar las causas que generan la crisis de los refugiados- a tomar las decisiones adecuadas en este sentido. Llamamos a las autoridades políticas, a los fieles ortodoxos y a los ciudadanos de los países de acogida hacia los cuales los refugiados se han dirigido y siguen dirigiéndose a que les procuren toda la ayuda posible en la medida de su capacidad.

VII. La Iglesia: testimoniar en el diálogo

20. La Iglesia es sensible a todos los que la han abandonado y sufre por todos los que ya no comprenden su voz. En su conciencia de ser la presencia viva de Cristo en el mundo, plasma en acciones concretas la economía divina utilizando todos los medios a su disposición a fin de testimoniar la verdad de manera creíble en el rigor de la fe apostólica. Partiendo de esta comprensión del deber de testimonio y de disponibilidad, en todo tiempo la Iglesia ortodoxa concede una gran importancia al diálogo, sobre todo con los cristianos heterodoxos. Mediante este diálogo, los demás cristianos conocen ya mejor la Ortodoxia y la

pureza de su tradición. Saben también que la Iglesia ortodoxa jamás ha aceptado el minimalismo teológico ni la puesta en duda de su tradición dogmática y de su 'ethos' evangélico. Los diálogos intercristianos han sido una ocasión para la Ortodoxia de subrayar el respeto debido a la enseñanza de los Padres y testimoniar válidamente la tradición auténtica de la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Los diálogos en los que participa la Iglesia ortodoxa nunca han significado -y no significarán jamás- hacer compromisos de ningún tipo en materia de fe. Estos diálogos son un testimonio de la Ortodoxia basado en el mensaje evangélico: "Ven y ve" (Jn 1,46) y: "Dios es amor" (1 Jn 4,8).

En este espíritu, siendo la manifestación en Cristo del Reino de Dios, la Iglesia ortodoxa en el mundo entero vive el misterio de la divina economía en su vida sacramental centrada en la divina Eucaristía que nos da, no un alimento perecedero y corruptible, sino el Cuerpo mismo del Señor, fuente de vida, "el Pan celeste" "que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre" (Ignacio de Antioquía, 'Carta a los efesios' XX, 1, PG 5,756A). La divina Eucaristía es el núcleo central de la función conciliar del cuerpo eclesial, así como la verdadera garantía de la ortodoxia de la fe de la Iglesia, como lo afirma San Ireneo de Lyon: "Para nosotros, nuestra manera de pensar (=enseñanza) concuerda con la eucaristía, y la eucaristía a su vez confirma nuestra manera de pensar" ('Contra las herejías', IV, 18, PG 7,1028).

Evangelizando, pues, el mundo entero, conforme al mandato del Señor, y "predicando el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones" (cf. Lc 44,47), debemos encomendarnos los unos a los otros y toda nuestra vida a Cristo nuestros Dios; debemos amarnos los unos a los otros, confesando en la concordia "al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, Trinidad consustancial e indivisible". Reunidos en Concilio, dirigiéndonos a los fieles de nuestra santísima Iglesia ortodoxa y al mundo entero, caminando sobre los pasos de los santos Padres y obedeciendo las decisiones conciliares que prescriben salvaguardar la fe apostólica recibida y "conformarnos a Cristo" en nuestra vida cotidiana, en la esperanza de la "resurrección común", damos gloria a la Divinidad en Tres Personas cantando:

"Padre Todopoderoso, Verbo y Espíritu de Dios, Naturaleza Única en Tres Personas, Esencia y Divinidad Suprema, en ti hemos sido bautizados y te bendecimos por los siglos de los siglos"

(Canon pascual, oda 8).

† Bartolomé de Constantinopla, presidente

† Teodoro II de Alejandría

† Teófilo III de Jerusalén

† Ireneo de Serbia

† Daniel de Rumanía

† Crisóstomo de Chipre

† Jerónimo de Atenas y toda Grecia

† Sabas de Varsovia y toda Polonia

† Anastasio de Tirana y toda Albania

† Rastislao de Presov, de las Tierras Checas y de Eslovaquia

Delegación del Patriarcado Ecuménico

† León de Carelia y toda Finlandia

† Esteban de Tallin y toda Estonia

† Juan de la sede mayor de Pérgamo

† Demetrio de la sede mayor de América

† Agustín de Alemania

† Ireneo de Creta

† Isaías de Denver
† Alejo de Atlanta
† Santiago de las Islas de los Príncipes
† José de Proeconeso
† Melitón de Filadelfia
† Emanuel de Francia
† Nicetas de Dardanelos
† Nicolás de Detroit
† Gerásimo de San Francisco
† Anfiloquio de Quisamo y Seleno
† Ambrosio de Corea
† Máximo de Selibria
† Anfiloquio de Andrinópolis
† Calixto de Dioclea
† Antonio de Hierápolis, jefe de los ortodoxos ucranianos en los Estados Unidos de América
† Job de Telmeso
† Juan de Cariópolis, jefe del Exarcado patriarcal de las parroquias ortodoxas de tradición rusa en Europa occidental
† Gregorio de Nisa, jefe de los ortodoxos carpato-rutenos en los Estados Unidos de América

Delegación del Patriarcado de Alejandría

† Gabriel de la sede mayor de Leontópolis
† Macario de Nairobi
† Jonás de Kampala
† Serafín de Zimbabue y Angola
† Alejandro de Nigeria
† Teofilacto de Trípoli
† Sergio del Cabo de Buena Esperanza
† Atanasio de Cirene
† Alejo de Cartago
† Jerónimo de Muanza
† Jorge de Guinea
† Nicolás de Hermópolis
† Demetrio de Irenópolis
† Damasceno de Johannesburgo y Pretoria
† Narciso de Accra
† Emanuel de Tolemaida
† Gregorio del Camerún
† Nicodemo, Metropolita de Menfis
† Melecio de Katanga
† Pantaleón de Brazzaville y del Gabón
† Inocencio de Burundi y de Ruanda
† Crisóstomo de Mozambique
† Neófito de Nieri y Kenia

Delegación del Patriarcado de Jerusalén

† Benito de Filadelfia

† Aristarco de Constantina

† Teofilacto del Jordán

† Nectario de Antidona

† Filomeno de Pella

Delegación de la Iglesia de Serbia

† Juan de Ohrid y Skopie

† Anfiloquio de Montenegro y del Litoral

† Porfirio de Zagreb y de Liubliana

† Basilio de Sirmio

† Luciano de Budimlje-Nikšić

† Longino de Nueva Gračanica

† Ireneo de Bačka

† Crisóstomo de Zvornik-Tuzla

† Justino de Žiča

† Pacomio de Vranje

† Juan de Šumadija

† Ignacio de Braničevo

† Focio de Dalmacia

† Atanasio de Bihać-Petrovac

† Joanicio de Budimlje-Nikšić

† Gregorio de Hum-Herzegovina y del litoral

† Milutino de Valjevo

† Máximo en América occidental

† Ireneo en Australia y Nueva Zelanda

† David de Kruševac

† Juan de Pakrac y Eslavonia

† Andrés en Austria y Suiza

† Sergio en Fráncfort y Alemania

† Hilarión del Timok

Delegación de la Iglesia de Rumanía

† Teófano de Iași, Moldavia y Bucovina

† Lorenzo de Sibiu y Transilvania

† Andrés de Vad, Feleac, Cluj, Alba Julia, Crișana y Maramureș

† Ireneo de Craiova y Oltenia

† Juan de Timișoara y del Banato

† José en Europa occidental y meridional

† Serafín en Alemania y Europa central

† Nifón de Târgoviște

† Ireneo de Alba Julia

† Joaquín de Roman y Bacau

† Casiano del Bajo Danubio

† Timoteo de Arad

† Nicolás en América

† Sofronio de Oradea

† Nicodemo de Strehiaia y Severin

- † Besarión de Tulcea
- † Petronio de Salaj
- † Silvano en Hungría
- † Silvano en Italia
- † Timoteo en España y Portugal
- † Macario en Europa del norte
- † Barlaán de Ploesti, auxiliar del Patriarcado
- † Emiliano de Łovisteá, auxiliar del arzobispado de Râmnic
- † Juan Casiano Vikin, auxiliar del arzobispado en América

Delegación de la Iglesia de Chipre

- † Jorge de Pafos
- † Crisóstomo de Quítion
- † Crisóstomo de Cirenia
- † Atanasio de Lemeso
- † Neófito de Morfo
- † Basilio de Constancia-Famagusta
- † Nicéforo de Cico y Tileria
- † Isaías de Tamaso y Orinia
- † Bernabé de Tremitunte y Leucara
- † Cristóbal de Carpasia
- † Nectario de Arsinoe
- † Nicolás de Amatunte
- † Epifanio de Ledra
- † Leoncio de Quitres
- † Porfirio de Neápolis
- † Gregorio de Mesorea

Delegación de la Iglesia de Grecia

- † Procopio de Filipo, Neápolis y Taso
- † Crisóstomo de Peristerion
- † Germán de Elida
- † Alejandro de Mantinea y Cinuria
- † Ignacio de Arta
- † Damasceno de Didimotico, Orestias y Sufli
- † Alejo de Nicea
- † Hieroteo de Lepanto y San Blas
- † Eusebio de Samos e Icaria
- † Serafín de Castoria
- † Ignacio de Demetrias y Calmiro
- † Nicodemo de Casandria
- † Efrén de Hidra, Espetses y Egina
- † Teólogo de Serres y Nigrita
- † Macario de Sederocastro
- † Antimo de Alejandrópolis
- † Bernabé de Neápolis y Estaurópolis
- † Crisóstomo de Mesenia

† Atenágoras de Helio, Acarnes y Petrópolis
† Juan de Langada, Litis y Rentina
† Gabriel de Nueva-Jonia y Filadelfia
† Crisóstomo de Nicópolis y Preveza
† Teocleto de Hieriso, monte Atos y Ardamerion

Delegación de la Iglesia de Polonia

† Simón de Łódz y Poznán
† Abel de Lublin y Cheł
† Santiago de Białystok y Gdańsk
† Jorge de Siemiatycze
† Paídio de Gorlice

Delegación de la Iglesia de Albania

† Juan de Korçë
† Demetrio de Argiroastro
† Nicolás de Apolonia y Fier
† Antonio de Elbasan
† Natanael de Amandia
† Asti de Bylis

Delegación de la Iglesia de las Tierras Checas y de Eslovaquia

† Miguel de Praga
† Isaías de Sumperk
† Jeremías de Suiza, jefe del Secretariado panortodoxo del Santo y Gran Concilio

Publicado por Administrador en [10:03](#)